

## Discurso en las Bodas de Oro

Por AGUSTIN ACOSTA

Nos complacemos en reproducir el hermoso discurso pronunciado por el gran poeta Agustín Acosta en el homenaje nacional tributado en Matanzas por sus cincuenta años de actividad poética:

**S**ENORAS y señores: Ahora que de la alabanza afectuosa sólo queda en el aire la dulce resonancia, porque su esencia ha penetrado en nuestro corazón; ahora, Musa, llega el momento de dar las gracias y de expresar ese sentimiento del modo más sencillo. Difícil momento, en verdad, porque el alma quisiera tener infinitas dimensiones, brazos infinitos, para que nada de la expresión se perdiera, y a cada cual llegara una partícula de la emocionada gratitud.

Vale la pena, Musa, haber estado juntos medio siglo; porque si alguna belleza hemos logrado sembrar a lo largo de ese sendero, el fruto lo recogemos ahora, es decir, cuando más falta nos hace. Fruto más abundante y dulce de lo que suponíamos, ya que no sólo la poesía y el pensamiento más alto de Cuba están presentes en los amigos que nos enaltecen con su palabra o nos honran con su adhesión, sino porque, para nuestro orgullo de cubanos, uno de los más ilustres próceres de la Patria une al tributo que se nos rinde, su noble e inmaculada presencia.

Yo te preguntaría, compañera amorosa de mi vida, qué cosa hemos hecho nosotros para que se nos exalte y se nos premie con este diploma espiritual que está firmado por tantos corazones. Yo te preguntaría dónde está el es-

fuerzo realizado, dónde la transcendencia de esa labor. Y tú, naturalmente, un poco avergonzada, me contestarías: nosotros nada hemos hecho; nosotros hemos cantado simplemente para nuestro recreo; o para dar salida a burbujas de nuestro corazón.

En las horas gratas de la vida, nuestras notas han estado de acuerdo con la emoción pasajera, del mismo modo que en las horas dolorosas nuestro canto ha estado exento de la desesperación que suele adulterar el dolor hondo y verdadero. Así hemos ido junto a los que abanderan con su propio espíritu, ya que no hemos de ser lis felices abandonados.

Algo hay, sin embargo, Musa mía, que puede enorgullecernos, sin que este orgullo linde con la vanidad oronda y estéril. Y es

que hemos sabido aislarnos, uno del otro, cuando la vida lo ha exigido. Tú sabes cómo, a pesar de mi amor por ti, te he soslayado cariñosamente cuando la realidad de la existencia me ha señalado labores opuestas. Tú me has visto durmiendo sobre duras tablas cuando tu nombre y el mío eran traídos y llevados en alas de un efímero triunfo. Tú me has visto en el campo del Derecho rompiendo a golpes de buena fe enredaderas que no florecen nunca, pensando en ti, que, aparentemente abandonada, llamabas reiteradamente a las puertas de mi corazón. Tú me has visto en afanes políticos, invariablemente junto a un patriota ejemplar, cumplir con mis deberes ciudadanos, no con el fin de alcanzar ventajas que no ambicionaba o gloria que no merecía, sino para

que tú, Musa, contemplaras mi conducta y me dieras tu aprobación, ya que tú no eres aliada transitoria, sino causa gozosa y permanente de mi vida.

Si tú eres la Poesía; si tú me has dado sin regateo el dulce privilegio de tu amor, justo es confesar que a ti te lo debo todo. Nunca puerta alguna se ha cerrado para nosotros, no obstante nuestra insignificancia. Pobres como somos, como hemos sido siempre, ¿quién ha disfrutado de mayores riquezas? ¿No es un tesoro de bondad y de ternura el espectáculo que en este instante nos eleva por encima de todas las riquezas materiales?

Cuando la vida tramonte, un acto como éste, es una primavera que vuelca sus rosas sobre un ocaso enternecido; un mar que hace descansar en la playa la mansedumbre de sus olas, significando que han quedado atrás las espumas alborotadas que traen a la tierra lo que la mar rechaza.

Qué ejemplo y qué lección, Musa ya tranquila, para los jóvenes que emprenden la marcha por el sendero áspero. Esto les dice que en la vida se premia, no sólo la conjunción contigo, sino también, el batallar junto a ti por el mejoramiento de nosotros, de los que

conviven a nuestro lado, y de todos los que esperan un consuelo o una alegría de nuestras palabras y de nuestros actos.

¿Te parece adecuada, Musa solícita y amable, la palabra gracias para expresar el sentimiento que nos posee y que tratamos de que no se desborde, y, hecho lágrimas, asome a nuestros ojos desde lo más profundo de nuestro corazón?

Como las monedas que han circulado mucho tiempo, la palabra gracias ya está gastada; pero, ¿con qué pagar la hora placentera que se nos ha ofrecido sino con esa moneda que se pone a nuestro alcance para prestarnos ese gratuito servicio?

Echemos a rodar esa moneda, Musa mía; y por la virtud de una orden emanada de nuestro espíritu, hagamos que ella llegue a cada uno de los amigos que nos honran esta noche, y sea para ellos acogida como el testimonio más íntimo y sincero de nuestra alma.

Y es bueno que vayamos pensando, dulce compañera, que en lo relativo a las Bodas de Oro que celebramos, debemos hacernos un poco los desentendidos, como si en tu corazón y en el mío se albergara, radiante y promisorio, la primavera.

*Musa, die 11/24*